

continúan ejecutando, como un acto reflejo dotado de plena inconsciencia, el acto consistente en la aplicación del resorte histórico consagrado en la fórmula en que se recomienda á todo trance la conservación del orden público. Y es una idea famosa la idea de esos profesionales acerca de la alteración del orden público, porque el orden parece que no se altera más que cuando se grita en las calles, ó los ciudadanos, en grupos, se reúnen en ellas para protestar, cuando lo cierto es que, en estos casos, el orden se hallaba de antemano alterado, y que al pretender restablecerlo destruyendo su signo de alteración, se procede con la misma lógica que si al aventar el humo, que es signo del fuego, se quisiera apagar el incendio. Entre los obreros de todos las regiones de España, el orden se encuentra profundamente alterado por la persistencia de desigualdades é injusticias que los Estados de Europa y América van rápidamente borrando; y está asimismo alterado el orden en la sociedad española, por el dique con que el fanatismo religioso ataja el desenvolvimiento de la libertad y del progreso. La huelga, por un lado, y la protesta pacífica del espíritu sanamente democrático, por otro, son signos exteriores tranquilos de esa alteración, de ese trastorno. Mas cuando no se acude á restablecerlo en su verdadero origen de desorden, el signo pacífico se transforma en signo violento, y son apedreados los conventos y las iglesias, y se conquista en Jerez el pan por la fuerza, y se queman las fábricas de la cuenca del Ter y del campo de Motril, donde surge ya en acción el proletariado de la propiedad al lado del proletariado obrero, mientras que permanece quieto aún el proletariado de las profesiones liberales, sin duda por ser, de entre todos ellos, el que menos conciencia de su personalidad ha adquirido en España. Hé aquí cómo de las pedreas de las iglesias y del incendio de las fábricas, aparece con evidencia como moralmente responsable el poder, que deja intactos, vírgenes, los problemas del Estado.

Alma renovada la del pueblo español, necesita indudablemente de un espíritu director que transforme en actos las sensaciones que hasta él llegan de todo el cuerpo social. Al fin y al cabo, tal es el papel de todos los cerebros, y aquel que no lo cumple porque no está organizado para transformar las impresiones sensitivas en actos, es como el cerebro que no manda retirar la mano cuando la llama la quema, que no diferencia las vibraciones que le entran por el oído ni las que le entran por los ojos, que no acusa los matices del gusto ni del olfato; un cerebro, en fin, que dará á la cara del cuerpo á que pertenece, una expresión facial completamente imbecil. Y así la ven desde fuera, cuando desde fuera la contemplan, y por ello han incluido al nuestro en la clasificación de los pueblos muertos.

Carlos del Río.

El pan... evangelista.

Y si tu ojo derecho te sirve de escándalo, sácale y échale de ti: porque te conviene perder uno de tus miembros antes que tu cuerpo sea arrojado al fuego del infierno.

Y si tu mano derecha te sirve de escándalo, córtala y échala de ti.

S. MATEO, CAP. V.

I

—¡No! ¡No! ¡No perdonol...
¿Tengo sangre corrompida? ¡Me
sangro! ¿Tengo un miembro gan-
grenado? ¡Se amputa! ¿Tengo
una hija puerca? ¡A la basura
con ella! ¡Me la arranco del alma
y... *requiescat!*

—¡Pero padre...! ¡Si fué un
mal paso!

—Yo la enseñé como á tí, y á
todas, á andar derecha.

—¡Está arrependida...!

—También los reos se arre-
pienten en la capilla y los ahor-
can. Redimirse es cuenta suya...
¡Con Dios se las haya! ¡Yo no
perdonol ¡No puedol ¡No!...
¿Transijo con una sinvergüenza?
¡Sinvvergüenza soy! *Eso* es como
el aceite... se corre la mancha...
Y yo me aparto. ¡Cincuenta años
de sudores honrados, de hambres
con dignidad, de respeto ganado
á fuerza de puños, no se pierden
en un día! ¿Le tira el arroyo?
¡Pues al arroyol ¡A golfearl Yo,
en mi casa, con mis hijas (por-
que ella no lo es ya), contigo,
con las pequeñas... ¡con mi dol-
lor! ¡Malhaya la...

—¿Y en un día vas á tirar
veinte años de cariño hacia una
hija que era *tu ojo derecho*?

—¡Sí!

—¡Cuántas noches, inquieto
por su salud, no has dormido!

—Ninguna peor que ésta en
que la veo muerta para siem-
pre...

—¡No, padre! No tendrás cora-
zón para eso... ¡Si es una mata
que se planta en la tierra y... no
hay valor para arrancarla uno
mismo! Nadie como Elena, desde
que madre murió, te servía y te
acertaba en todo... ¿Y sacrificas
tantas cosas á...? ¿A qué?

—¡Al deber! ¡Sí! ¡Al deber, que
es lo primero!

—¿Y la misericordia? ¡Si no
damos la mano al que tropieza!

—¿Qué?

—¡Volverá á caer!

—¡Que caiga y se desnueque!
¡Noramala!

—¡Cuando la veas sufrir...!

—¡Sufriré!... Pero desde lejos.
¡Lejos de mí! ¡Puerca! ¡Más que
puerca! ¡En eso han parado los
rizos, los tufos, las novelas y los
laboteos! ¡Mucha limpieza por
fuera y el alma con cascarrías!
¡Indecente! ¡Si su madre levan-
tara la cabeza!

—La han engañado malamen-
te. ¿Quién iba á pensar una cosa
así? A cualquiera hubiera enga-
ñado ese Raimundo.

—¿A tí también?

—Y á tí, que le viste un día y
te llenó el ojo. No niegues que te
gustaba.

—¡Canalla! ¡Así le aspen! ¡La-
drón!

—¡Si parecía un santo! ¡Cómo
lloraba cuando Elena no le que-
ría! Daba pena. Pues ¿y cuando
Elena tuvo el trancazo tan fuerte
que se moría...?

—¡Así se hubiera...!

III

Querida Elena:

Si te encontraras á padre, no le conocías. El, Carmencita y Juliana, se han quedao en los huesos. ¡Lleva unas barbas el pobre! Como no puede meterse á jornalero y no le empleo, han llegado á las últimas. Todos los días escribe cartas á sus Jefes, compañeros de oficina y conocidos. Corren las chicas todo Madrid, y con lo que les dan, van tirando. Pero donde pescan un duro la primera vez, gracias si luego les dan unas perras. Se acaba el filón, y no sé en qué pararán, porque padre no quiere un céntimo tuyo, y Pepa y yo, aunque casadas y con un pedazo de pan, no podemos sostenerlos. Aquello no es casa: una casa sin mujer, con un viejo y dos chichuelas, ¡figúrate! Eso sí, padre inventa lo imposible todos los días para sacar cuartos: le pide *El Imparcial* al portero y *lee los muertos*, y cuando cae algún gordo, en seguida escribe á la familia pidiendo á Dios por el muerto y un bien de caridad para él. Un viernes de Cuaresma les mandó una señora la gran cesta de comida: se atracaron y... hasta el lunes estuvieron comiendo sardinas de lata sin pan ni vino. Carmen ganaba dos reales y medio en un obrador, pero un día no tenían que comer y empeñaron el vestidillo. Ya no puede salir. Juliana, como siempre, mal del pecho, y con el hambre cada día peor. Hemos arreglao que se venga conmigo á Aranjuez; y Carmen quería irse con Pepa, pero ¿cómo dejar solo á

padre? Se mataría. Figúrate que ya un día dijo que se iba á degollar y á degollar á las chicas. Como yo le mandaba tu dinero, creía que yo estaba bien y quiso venirse aquí; pero, hija, da la casualidad de que los padres de Paco, que también andan mal, se han venío antes. Y para tantos no hay. Yo les digo á las chicas que te pidan y digan luego á padre que se lo ha dao un señor Cura. Me voy, que llora un chico. Te abraza,

SEGISMUNDA.

IV

Querida Elena:

Esto es el acabóse. El marido de Pepa, parao, con el cierre de la fábrica. Yo, que estaba al pelo con la pesetilla más que traía Paco, tengo sobre mi á Juliana, que se nos ha entrao por las puertas. Y ha hecho bien: si no se escapa y viene aquí, al campo, se muere. Parece un espíritu. Padre ya no escribe cartas ni tiene casa. Anda por las calles pidiendo. Por supuesto que, en cuanto lo supe, eché por la calle de en medio y le escribí una carta, es decir, no fué carta, fué un papel en que sólo decía con letras gordas: «¡Elena! ¡Padre! ¡Elena!» ¡A ver si me entiende!

Se bautizó el niño y, en atención al obsequio que mandaste, le pusimos Enrique, como su padrino. *Le repito las gracias y á tí.*

Tuya siempre,

SEGISMUNDA.

V

VARIACIONES SOBRE UNA PARÁBOLA

Y deseaba henchir su vientre de las mondaduras que los puercos comían y ninguno se las daba. Mas volviendo sobre sí, dijo:

¡Cuántos jornaleros en la casa de mí... *hija* tienen el pan de sobra y yo estoy aquí muerto de hambre!

Me levantaré e iré á mí... *hija* y le diré: hazme como á uno de tus jornaleros.

Y levantándose se fué para su... *hija*. Y como aún estuviese lejos, le vió su... *hija* y se movió á misericordia: y corriendo á él, le echó los brazos al cuello y le besó.

Y la *hija* dijo á sus criados: Traed aquí prontamente la ropa más preciosa y vestidle,

y ponéle anillo en su mano y calzado en sus pies.

Y traed un ternero cebado y matadlo, y comamos, y celebremos un banquete.

Porque este mí... *padre* era muerto y ha revivido: se había perdido y ha sido hallado.

Y comenzaron á celebrar el banquete.

S. LUCAS, CAP. XV.

VI

Querida Segis:

Ahora eres tú quien no conocerías á padre si le vieras. Se ha puesto nuevo en cuatro días. ¡Está más contento el pobre! Juega al tute arrastrao con don Enrique. Ayer ganó tres pesetas. Escribeme. Tuya,

ELENA.

José Cánovas y Vallejo.

Irreligiosas.

(Notas de la calle.)

Suelo encontrar en mi camino á dos frailes que atraviesan por la tarde las calles del centro. Hoy los encontré en la Puerta del Sol entre vendedores y gentes que discuten... Iban uno en pos de otro y mirando al suelo. El primero es un hombre alto, de oncosa y luenga barba y amplios hombros, que hubiera hecho una gran figura en los salones del alto mundo... Su hábito de sarga tosquísimo y erizado por el aire pardea al sol. Es indudable que en sus hombros se clavan las costuras ásperas y desiguales del paño y en sus oídos los denuestos del público. Al pasar junto á mí, he visto su rosario—sarta de gruesas cuentas

abrillantadas por el uso—y he visto bien su cara varonil, empalidecida y ojerosa. Tiene en la frente una cicatriz tremenda por la que han debido vérsele los sesos...

Detrás de él su compañero parece un perro. Mira también el suelo, pero parece que va contando las piedras que encuentra en el camino. Tiene los ojos grises, erisipelada la faz y es de esos monjes que iban á Filipinas y no se oponían á que la india secase los paños del chico en la misma puerta de la casa ó entre los bambues de la valla...

V. Díaz-Pérez.

NO PISEIS...

No piséis .. ¡Pobres ídolos! El viento se detiene al mirarlos y los besa, y prosigue más triste, murmurando su errabunda canción.
No, no pongáis la planta rencorosa donde posasteis la rodilla humilde.
¡Sed, como el viento, compisivos, hombres!

Veo el campo sin luz en que descansan sobre crugiente lecho de hojas secas y entre negruzcos troncos carcomidos las ideas de mármol, destronadas. Cementerio infinito, desolado, como la Muerte misma...
Por un lado, se pierde en las tinieblas en que ahondáis anhelosos é insaciab'es los torpes ojos, de soberbia turbios.
Por el otro, presídele la roca — Tarpeya y Sináí — donde asentáis el ídolo triunfante sobre las huellas que dejó el vencido, que rueda rebotando hasta su tumba y en ella queda para siempre quieto, vuelta al cielo la cara y contemplando cómo pasan las nubes, que le ocultan de tiempo en tiempo las azules bóvedas.

Discurro por el campo silencioso entre ídolos inertes.
Fijo á veces atenta la mirada de vuestra roca altar en la alta cima, para orientar el distraído paso y ver si ya vacila, y se conmueve á vuestro empuje el ídolo ante el cual ya ha cruzado muchas veces el padre de la luz y de la vida renovándolo todo y calcinando los gérmenes estériles.
¡Pobres ídolos muertos! ¡Ay del vivo, que pronto morirá co no vosotros!
Sois viejos gladiadores, sois peldaños por donde el hombre sube en ascensión inacabable y áspera, de fuerza siempre lleno y de esperanza.
Sois páginas de Historia, amarillas y secas, en que fija

con aires de doctora su dedito
la graciosa Ironía
cuando le prestan atención los hombres.
Mas sois bloques también en que cansado
á meditar se sienta,
escéptico o creyente, airado ó triste,
pletórico de amor ó de nostalgia,
ese pálido y bello peregrino
que se llama Recuerdo...

No, no piséis. Es digna de los hombres
la compasión olímpica. En la frente
del más torpe y odiado de los ídolos,
un instante brilló reveladora
la luz de la verdad. Habéis mojado
sus plantas con la sangre y con las lágrimas.
Trémulas y encendidas
por la pasión triunfante,
se han arrancado ante él en dulce ofrenda
el blanco velo de los negros ojos
vuestras tímidas vírgenes.
En su altar, las mujeres generosas
han ofrecido el fruto palpitante
de la fecunda entraña.

Mirad que ya envejece y ya vacila
el ídolo que amáis, el que muy pronto
rodará destronado á los abismos.
Mirad que en tanto no llenéis las tumbas
con que brinda al error el cementerio—
cementerio infinito
como la misma muerte,—
no brillará la luz de las verdades
de vuestra roca en la orgullosa cima.

Ya es ocasión del nuevo sacrificio.
Venid, los mozos de membrudo brazo
y tersa frente y bullidora sangre.
Clavad en el altar la nueva idea
y despeñad el ídolo decrepito;
mas sin ira, impasibles,
con la serena majestad del cielo
que se inunda de luz tras noche lóbrega...

Félix Lorenzo.

CINTARAZOS

Sellés estrenó en la Zarzuela su *Barcarola*. ¡Último parto de ese monte! ¡Éxito estruendoso!

Cuando el actor Sr. Morano se arranca con unas quintillas que avergonzarían hoy al mismo Marcos Zapata, el público se desboca. Laserna *envaina el escarpelo*. La musa de pistón no ha producido nada tan perfecto.

Y es el caso que, para los tales versitos el Autor y la Empresa buscaban afanosos un cómico maestro en el decir, y no lo encontraban en ninguna parte. Morano vino al fin á resolver el problema.

Sellés progresa. Comenzó escribiendo dramones de adulterio. La honra y el pistolón tradicionales triunfaron de la tontería entonces ambiente. Después enmudeció. El ciclope reposaba. Emprendióla más tarde, abogando siempre por la moral casera, tradicional y legendaria, con algunas ideas que no le habían penetrado en la mollera. Y escribió *Los Domadores, Los Caballos* etc.

Hoy cultiva desembozadamente el género chico. Nosotros estimábamos *La Balada de la luz* como las Columnas de Hércules de la ramplojería sentimental; *La Barcarola*, sin embargo nos descubre un *plus cursi* que nosotros no habíamos soñado.

La compañía del Español iba á conmemorar á Zorrilla representando «Traidor, inconfeso y mártir.» Pero la Empresa, falta de vestuario decidió conmemorar á Feliu y Codina con «María del Carmen»

Para los cómicos del Español Zorrilla y Feliu son valores que pueden cotizarse á la par.

Por fin se marchan y el público les agradecerá la ausencia.

El Padre Sanz no hubiera elegido otra compañía para representar la obra del ilustre Galdós.

Si Electra ha triunfado, no se culpe á Fuentes, ni á la Señorita Moreno, ni al resto de la troupe.

Vayan con Dios y que no vuelvan más.

Meetings anticlericales en Madrid y en Barcelona.

La nota dominante en ellos ha sido simpática. La protesta bravía ante la abyección clerical merece siempre nuestro aplauso. Por vez primera en España no se utilizan púlpitos y tabladros para predicar la moral del carnero enfrente de las manadas de lobos.

Ayuno y masturbación seculares habían determinado en nuestra raza tal atonía imbecil, tan ridiculo escepticismo, que pronto se hubiera convertido España en un país *todo posaderas* en paciente expectativa del puntapié del futuro.

No es Francia modelo de vitalidad social ni política, y en vista de la amenaza clerical se aplica al remedio de la hedionda lepra, olvidando su epicúreo *jemenfichisme*, menos corrosivo y pernicioso que el nuestro. En Portugal, donde las conciencias no alcanzan un grado de embrutecimiento completo, se ha conseguido un triunfo, de que aún nosotros distamos mucho por desgracia, obligando á los regulares á cumplir los deberes de los demás ciudadanos y disolviendo multitud de corporaciones religiosas.

Fuerza es que luchemos por una completa renovación social, pero no olvidemos cuál es nuestro capital enemigo y cuánto nos importa exterminarlo. Porque la lucha es inevitable. Ellos lo saben y á ella se aperciben.

Y esta vez ha de ser decisiva.

¡O ellos ó nosotros! *That is the question.*

Nuestra enhorabuena á los bra-

vos campeones en los meetings de Barcelona y Madrid.

—
En esta semana ha comenzado sus tareas el Instituto de Sociología que preside D. Manuel Sales

En torno al querido maestro reúnen unos cuantos jóvenes inteligentes y laboriosos dispuestos á trabajar en las modernas ciencias sociales.

Nuestro saludo á la naciente Institución y al profesor ilustre.

—
El Conde de Romanones sigue maltratándonos con su real Decreto sobre la enseñanza. Todos los días publica una aclaración. Ya tiene para rato.

Dicho se está que, con aclaraciones y todo, la cosa es un lío y que en el fondo la enseñanza se queda como estaba. Los profesores seguirán soltando su discursito de rúbrica y *qui potest capere capiat*. Las relaciones entre maestro y discípulo continuarán como hasta aquí, á respetable distancia. Se aprenderán las cosas de memoria como en los tiempos de mi abuela y en los de mi padre y en los míos. No se obligará á los chicos á pensar ni á enterarse de nada por sí mismos, las asignaturas serán igualmente largas y cortadas por el mismo patrón, aunque á las inteligencias de los muchachos les vengan anchas ó estrechas; el plan de estudios idéntico; en fin preparando otra generación de políticos, abogados y maestros iguales á los que hoy disfrutamos.

Eso sí; lo demás todo patas arriba; quedan reformados los exámenes, las matriculas, las papeletas, el color de los bancos y hasta los botones de las casacas de los bebedes. Las clases no admitirán más de cien alumnos! (para ese viaje no necesitábamos Romanones) entre los cuales han de sobresalir preci-

samente cinco (número cabalístico). No hay sino aprobados ó reprobados. Pero miento, hay también sobresalientes, notables etc., sólo que despues de un exámen especial (lo que antes se llamaba mejorar la nota). ¡Oh las reformas! En cuanto á los libros de texto el real Decreto tiene verdadera gracia: Las Academias quedan diputadas para juzgar los libros y, ¡ponerles precio! Sobre que esto es publicar vergonzosamente los abusos de ciertos catedráticos, se ocurre pensar, si ese precio que van á señalar las Academias dependerá del valor literario y científico de las obras, esto es si le van á decir á los catedráticos:

—Sr. Commelerán (por ejemplo) su gramática de usted es de las de á dos pesetas. Y si, como parece ser, el valor que se trata de fijar es el material del libro ¿que tienen que ver en eso las academias? los que pueden decirlo son los impresores y libreros, según la calidad del papel, esmero de la impresión é importancia de la tirada.

Vivimos en la hermosa tierra de las confusiones. Y de las paradojas.

Por eso el Sr. Conde, panadero en alta escala, es ministro de Instrucción pública.

De aquí la *panificación* de la enseñanza. Y la academificación del pan.

Pero ya que ello es así, y al de Romanones no le faltan agallas, voy á darle una receta para acertar más de lleno en las próximas reformas.

Reuna el Consejo de Instrucción pública, escúchele atentamente, anote con sumo esmero sus conclusiones.

...Y haga luego precisamente lo contrario de lo que dictamine la docta corporación.

No hay nada más sencillo, ni que requiera menos cavilaciones.

Mercatio.

La guerra carlista.

El rey se divierte.

La corte está de fiesta. Las tropas carlistas han obtenido un gran triunfo sobre las tropas liberales. La lucha ha sido espantosa. ¡Miles de muertos por una y otra parte! Pero por fin han resultado vencedores los soldados del rey legítimo...

La corte está de fiesta. A las seis suena la diana y paisanos y militares se echan á la calle. El rey duerme, descansa; es algo pereoso y no suele abandonar el lecho hasta bien dadas las doce.

El pueblo, impaciente, se dirige á Palacio. Se oyen gritos de ¡viva Carlos VIII! ¡Viva el rey absoluto!

Las campanas de las iglesias repican fuerte en señal de júbilo. Se disparan cohetes... La música toca en la plaza. Comienza el baile... El rey duerme...

A la una en punto se presenta D. Carlos á la puerta de Palacio, vestido de gran uniforme, el pecho cubierto de cruces, la mano en el pomo de la espada, la boina sobre los ojos, altivo, arrogante, un tanto presuntuoso.

Las mujeres cuchichean al verle. Alguna se ruboriza... Los hombres tiran su boina al aire y gritan como energúmenos: ¡Viva Dios, viva el rey!

S. M. va á oír misa en compañía de su estado mayor y de los altos dignatarios de la corte.

El pueblo le sigue hasta la iglesia, aclamándole con entusiasmo.

Don Carlos sonríe satisfecho y se acaricia la barba.

Todos sus vasallos llevan la boina en la mano. Sólo él va cubierto. La tarde está horriblemente fría. Se oyen estornudos y toses en la comitiva.

Y D. Carlos continúa sonriéndose.

Ya se ha celebrado el santo sacrificio de la misa, ya ha dado gracias á Dios el rey por el triunfo que han logrado las armas carlistas.

Las campanas vuelven á tocar alegremente en señal de júbilo; la música de la plaza «dispara» la marcha real; el pueblo grita alborozado...

Ya está S. M. ocupando el balcón central de Palacio... Delante de él desfilan en pelotones los prisioneros á quienes llevan á fusilar. Los hay de todas las edades y de todos los tipos; jóvenes y viejos, morenos y rubios... Hay algunos que lloran, otros que ríen, otros que rezan, otros que blasfeman... Da miedo y compasión el verlos.

La plebe, indignada, los insulta:

—¡Cochinos! ¡Liberales! ¡Hijos de...! ¡Cobardes!

Los prisioneros hacen rabiosos esfuerzos por romper las ligaduras que sujetan sus brazos.

—¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Miserables! ¡Hijos de cura!

Los soldados que los conducen les hacen andar á culatazos.

Ahora no se oyen más que rugidos de dolor y horribles blasfemias.

La plebe les grita como despedida:

—¡Viva Carlos VII!

Los prisioneros les contestan:

—¡Viva la República! ¡Muera D. Carlos!

El rey, distraído, no parece tomar parte en el espectáculo y conversa con sus cortesanos, sonriéndose...

Las campanas siguen repicando fuerte y la música de la plaza «disparando» la marcha real...

Después se oye, algo lejano, ruido de fusilería. Es que están «acabando» con los prisioneros. Y deben ser muchos porque los disparos suenan y suenan sin cesar... Diez..., quince minutos... Continúa el espantoso tiroteo...

Pero el rey ha dado permiso al pueblo para que baile delante del Palacio, y mozos y mozas se entregan á las voluptuosidades de la danza.

Sigue el ruido de la fusilería, mas D. Carlos no lo oye, distraído con la conversación de sus palaciegos.

De pronto, el rey, que parecía prestar sólo atención á las personas que le rodeaban, hace señas á una de las mujeres que se hallan bailando en la plaza para que suba á Palacio.

Es todo una real moza la mujer elegida por S. M. Alta, gruesa, la tez lechosa, muy rubia, con tamaños ojos negros, la boca roja...

El rey desaparece del balcón. La música sigue tocando y sigue la danza...

La mujer á quien D. Carlos se ha dignado llamar, es hija de un veterano carlista que sirvió á las órdenes de Zumalacárregui, y que ahora, con el grado de capitán, sirve á las órdenes de Cabrera.

Hace pocos días que se ha casado, tiene diez y ocho años y es la mujer más hermosa de toda Navarra. ¡Bien se conoce que el rey sabe elegir!

Pasada una hora, D. Carlos vuelve á aparecer en el balcón y la mujer en la plaza. D. Carlos está bastante pálido, y la mujer muy encarnada.

Siguen sonando los disparos, sigue la horrible carnicería...

Pero la corte está de fiesta y repican las campanas de las iglesias en señal de júbilo y se disparan cohetes y toca la música y el pueblo baila y D. Carlos sonríe satisfecho.

La corte está de fiesta.

Miguel Sawa.

La suerte de los Fulánez.

No bastan los días todos de la vida de un hombre para ponderar la excelencia y transcendencia del nombre, empezando por aquello de que en el principio fué el verbo la palabra. *Dió nombre á las cosas*, nos dice la Escritura, para enseñarnos que las conoció, y conociéndolas, las creó como ideas. Si la más honda filosofía se reduce á una ciencia de la generación de las ideas, á una *ideogonia*, no hay más puerta para ella que una *onomatogonia*, una ciencia de la generación de los nombres. Llevamos las ideas encerradas en nombres, puesto que el nombre es la botella de Leiden de donde la idea surge y en que se encierra.

Y si el nombre es tan misterioso como preñado de vida, ¿qué no será el nombre propio, la designación del individuo humano, personal y concreto, suficiente é insustituible?

«No era delicado que se permitiese aquel chiste con mi nombre —dice Goethe en *Poesía y verdad*, II, 2— porque el nombre propio de una persona no es como una capa que se le cuelga y á la que cabe deshilar y desgarrar, sino que es el vestido que se ajusta del todo; aún más, es como la piel misma que ha crecido con uno, y á la que no se puede arañar ni desollar sin herir al hombre mismo.»

¿No asegura por su parte nuestro apreciable Spencer, en su *Ensayo acerca del origen del culto á los animales*, que los nombres propios fueron el principio de las religiones, al identificar el nombre con la persona nombrada? ¿No sostiene muy en serio que los descendientes del llamado *el lobo* acabaron por ereer que descendían de un lobo, al cual dieron culto? ¿No nos dice Max Müller que la mitología brotó de la fusión entre el nombre y la cosa nombrada?

El nombre propio, amigo Juan Pérez y Sánchez, es un misterio mayor de lo que te figuras. Ese tu nombre, Juan, significó en un tiempo algo, y hoy nada quiere decir ya, es un andrajo muerto; pero un andrajo en que se refleja la gloria de todos Juanes que han sido, hasta Juan Lanás, Juan Pueblo y Juan Soldado. Aún se hacen chistes acerca de un León cobarde, de un Benigno maligno, de un Bienvenido que llega á destiempo; pero no te fijas en un Federico nada pacífico, ó en un Epifanio oscuro, porque nada te dicen estos nombres ya. Y es mejor que nada digan; tienen la ventaja de la terminología griega.

Pero vengamos á los Fulánez, que dentro del nombre propio son apellidos.

La relación entre el nombre de pila y el apellido es ya de por sí algo instructivo y sugestivo; tan sugestivo que sugirió al bueno de Fustel de Coulanges no pocas reflexiones. Porque este erudito pensador vió que entre los romanos la unidad de nacimiento y de culto se señaló con la unidad de nombre y que cada *gens* fué transmitiéndose de generación en generación el nombre del antepasado, perpe-

tuándolo con el mismo cuidado con que perpetuaban el culto. El *nomen*, el nombre propiamente tal, era lo que hoy llamamos el apellido, el nombre de la *gens*; mientras que el *cognomen*, nuestro segundo apellido, como si dijéramos, era el de cada rama de la *gens*; y lo último, lo individual, el nombre de pila, por así decirlo, el *agnomen*, Cayo ó Quinto. Pero el nombre verdadero, el oficial, el sagrado, era, lo mismo en Roma que en Grecia, el *nomen*, nuestro apellido.

Mas llega el cristianismo y se vuelven las tornas, y la personalidad individual, la redimida, la que se relaciona con Dios, se sobrepone, y en la Edad Media, hasta el siglo XII, el verdadero nombre era el de bautismo, sin que aparecieran los apellidos, sino mucho más tarde, como patronímicos, solariegos ó de mote. Todo al revés que entre los paganos; diferencia que consiste—dice Fustel de Coulange—en la diferencia entre ambas religiones, ya que para la antigua la familia era el verdadero ser viviente y el individuo miembro de ella, y para la nueva es el individuo independiente y libre. Si los paganos partieren del apellido, del nombre de pila partieron los cristianos.

El nombre es, en nuestra edad del crédito, la persona misma socializada. ¿A qué se aspira si no es á hacerse un nombre, á adquirir re-nombre, á salir del montón anónimo? El noble, *no bilis*, en el que se debe á su nombre, *no-men*, derivados ambos, noble y nombre, de una misma raíz, *no, gno*, conocer. El nombre es la cualidad del noble, su ejecutoria de nobleza.

Todo lo que á un escritor atribuyes no se lo atribuyes á una persona, sino á un nombre. De éste podemos decir lo que de la fabricación de cañones decía aquel sargento de artillería que, á semejanza de M. Jourdain, que hablaba en prosa sin saberlo, nuestro sargento hegelianizaba, sin darse de ello cuenta, al decir que para fabricar un cañón se coge un agujero cilíndrico y se le recubre de hierro. Así, revistiendo nombres, hacemos personas.

Y aquí entramos en lo más sugestivo de nuestra incursión, en la diferencia entre nombre y firma, diferencia que borra la que entre la denominación pagana y la cristiana señalábamos. El nombre precede al escritor; la firma sigue. Cada firma es el nombre mismo monetizado en el mercado literario, ó sea en la feria de vanidades.

Ya en el período de larva, es decir, de nombre, da disgustos la indiscernibilidad del que lo sea vulgar, acercándose á menudo á una Redacción el honrado D. Juan Pérez Sánchez, á que se haga constar que no es el Juan Pérez Sánchez á quien por timador prendieron.

Pero la lucha viva y peñada de sugestivos procesos empieza así que al meterse á públicos los hombres privados convierten en firmas sus nombres. Entonces nace la lucha de los nombres por la distinción, es decir, por la subsistencia. La firma propende á distinguirse de las demás, á ser inconfundible, á grabarse en la memoria del público. Y de aquí arrancan todas las vicisitudes públicas de los Fuláñez, Zutáñez, Mengáñez, Perengáñez, y Perencéjenz.